

VICENTE BENITO VALDES

Por:

Dr. RODOLFO TRO PEREZ

Una fría mañana de febrero de 1897, asistía a la Real Casa de Beneficencia de La Habana selecta concurrencia, en la que se destacaba nutrida representación de las autoridades de la ya agónica colonia. Les dirigía la palabra un hombre de estatura algo menos de mediana, en junto de carnes y de apariencia endeble y quebradiza. En su faz cetrina, adornada de patillas cuadradas y bigotes que le caían sobre las comisuras de los labios, sólo llamaba la atención la mirada relampagueante y el firme mentón que denotaba la férrea voluntad de su dueño.

Aquella débil envoltura humana, aquel poco de materia, encerraba un espíritu vigoroso, lleno de actividad y de método, fertilizado por gran caudal científico al que servía de sostén una voluntad enérgica y perseverante. Era un hombre que se había hecho a sí mismo, que había triunfado en la lucha contra su propio destino y llegó a ser respetado y elogiado, al elevarse desde su oscuro y humilde origen hasta el reconocimiento y la admiración de sus contemporáneos.

El doctor Vicente Benito Valdés, que era el que les dirigía la palabra, hablaba de los niños; declaraba como el más solemne momento de la existencia “aquel en que rompiendo las ligaduras de su misterioso parasitismo con el seno materno, inicia su vida independiente”; desde ese primer momento añadía, con velada alusión a su propio destino: “puede asegurarse, si el sol de la felicidad resplandeciera en el hogar y, lo que es más importante, en la sociedad”; apelaba a esta última, para que ayudara al nuevo ser en la titánica lucha con las resistencias del ambiente, aligerándolo de lo que él llamaba “alforja cargada de los yerros e impurezas del pasado que gravita sobre los infantiles hombros del

nuevo peregrino", y terminaba con un fuerte apostrofe: ¡Herodes de la humanidad, franqueadles el paso! ¡Dios os lo manda!¹

Estas patéticas palabras reflejaban el "pathos" de su existencia, su lucha incesante de hijo expósito, que no se conforma con su destino y sin más ayuda que la materna, franquea todos los obstáculos, vence todas las resistencias, doblega todas las voluntades y escala cimeras posiciones en la sociedad que en aquellos momentos le escuchaba complacida.

La lucha con un ambiente lleno de prejuicios, injusticias y conveniencias, hacía explicable el carácter de este hombre extraordinario; juzgándolo exteriormente, se le hubiera tomado por un espíritu seco, frío, inmutable, inaccesible a todas las ternuras, pero a poco que se tratara se descubría, bajo la fría corrección de su empaque de caballero, un corazón puro como el de un infante, que sabía llorar y reír con las cosas humanas. Su alma, como se decía en un artículo necrológico, "era fresca y tierna y vibraba tranquila como el agua de los manantiales por debajo de la roca".

En 21 de marzo de 1837 nació en La Habana, José Vicente Benito Valdés.⁴ Se le bautizó el 19 de abril del mismo año y fue su padrino el doctor don José Matías Quintero. Desde pequeño, su madre, doña Antonia Zerquera, realizó indecibles esfuerzos por educarlo. Hizo el aprendizaje de las primeras letras en una escuela gratuita de los padres agustinos, donde ya se destaca por su aplicación y conducta, lo que le valdrá para entrar como alumno pobre en el Seminario de San Carlos. Allí intenta prepararse para el sacerdocio, carrera hacia la cual lo llevaban sus primeras inclinaciones, o quizás el natural temor de ponerse en contacto con una sociedad de la que recelaba, la cual pudiera tener en desdeñoso menosprecio la humildad de su origen.

En el Seminario de San Carlos, cursa como alumno externo y durante los años del 1856 al 1858, dos años de Latinidad y los tres primeros de Filosofía y alcanza en todos ellos la nota de sobresaliente, pero no puede graduarse en aquel establecimiento, pues se le presenta como muralla insalvable la necesidad de pre-

¹ Sinite párvulos venire ad me. El Fígaro. A. XIII, No. 11, 12, marzo 21 y 28, 1897, p. 135.

⁴ Libro 26 de Bautismo. Folio 141, No. 159, Archivo de la capilla de la Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana.

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 173

sentar un certificado de limpieza de sangre que, a todas luces, le es imposible justificar.

Abandonado su propósito de hacerse sacerdote de la religión católica, e influenciado su espíritu por las sabias lecciones del siempre admirado doctor Ramón Zambrana, encamina sus pasos hacia otra actividad y decide estudiar la carrera de Medicina, en la que una vez graduado servirá con espíritu verdaderamente sacerdotal.

En septiembre 14 de 1858, dirige una instancia al Capitán General de la Isla, por la cual solicita por mediación del Rector de la Universidad de La Habana, su ingreso en esta en la clase de pobre. El Rector, en vista de la brillantez de los estudios realizados en el Seminario de San Carlos, recomienda al Capitán General por oficio de septiembre del mismo año, que le sea concedido y el Capitán General resuelve favorablemente su solicitud el 21 de septiembre, por lo que el claustro universitario acuerda el 7 de noviembre del mismo año, "admitir como alumno insolvente al aspirante Vicente Benito Valdés, permitiéndole cursar sus estudios exento de pago por ser pobre de solemnidad".³

Ya en la Universidad, estudia Moral, Literatura primero y segundo curso, Religión, Mineralogía, Química primero y segundo cursos y Botánica, y después de obtener la nota de sobresaliente en todas las asignaturas, se gradúa de Bachiller en Ciencias el 23 de julio de 1859, también con nota de sobresaliente.

Durante los años que van del 1859 al 1863, estudia los cuatro años de que se componía en aquel entonces la carrera de Medicina. Durante el primer año, su prodigiosa actividad lo impele a matricular Griego primero y segundo cursos; en estas asignaturas, así como en todas las de la carrera de Medicina, sólidamente estudiadas, realiza su vehemente aspiración, trabajando sin tregua, día por día, durante todo el curso de alcanzar la codiciada y honrosa nota de sobresaliente, a pesar de que le era necesario atender a la subvención de las primordiales necesidades de la vida, sobre todo las de su madre, persona en quien concentró todos sus afectos y con quien vivió hasta su muerte. Estas actividades le obligaban a dedicar gran parte de su tiempo en dar lecciones en diversos colegios.

Terminado el último curso de la carrera toma el grado de Bachiller en Medicina en 30 de septiembre de 1863 y el de Licenciado

en Medicina el día 3 de noviembre del mismo año. Le toca disertar sobre un tema grato a los médicos cubanos, sobre una enfermedad quizás mejor estudiada en Cuba que en ningún otro país, es decir, sobre la fiebre amarilla, consistiendo el ejercicio quirúrgico en una disertación sobre la ligadura de la íliaca externa.

Una vez graduado y en posesión del ansiado título y después de la solemne investidura que tiene lugar en 8 de octubre de 1865, obtiene la plaza de médico interno del hospital de San Felipe y Santiago, establecimiento de noble antigüedad y de gran importancia en la historia hospitalaria de nuestro país.

El Hospital de San Felipe y Santiago o de San Juan de Dios como era conocido por los miembros de la orden que lo servía, tenía una leyenda sobre su fundación. Se decía que en 1593 aún llegaba el agua de la bahía hasta el lugar de su emplazamiento y que allí se encontraba la choza del botero que hacía la travesía hasta el Castillo del Morro. Un piadoso ermitaño de la orden tercera de San Francisco, fray Sebastián de la Cruz, llegó a La Habana y consiguió levantar en aquel lugar "una casa particular" en donde, según el historiador Arrate, "asistía y curaba con la mayor caridad y regalo a cuantos forasteros y desvalidos por el sobrescrito de sus semblantes reconocía estar enfermos, solicitando a costa del propio afán el alivio ajeno".

Infortunadamente, la fría objetividad de los documentos históricos ha echado por tierra esta leyenda y, si es verdad que Sebastián de la Cruz existió, no es menos cierto que lo fue casi un siglo después, y que en 1678 su casa de curar dio origen a que el benemérito obispo Compostela fundara el Hospital de Convalecientes de Belén y no el de Felipe y Santiago.

El Hospital de San Juan de Dios debe su fundación a la llegada en 14 de octubre de 1602 de los hermanos fray Diego de la Puente, fray Andrés de Alcaraz, fray Gonzalo González y fray Andrés de la Paz, pero a pesar del celo de la orden religiosa que lo servía, arrastró una vida casi miserable y en tiempos en que Vicente Benito Valdés llega a sus salas y hace sus primeras armas al lado de don Manuel Ibarrola y Esteban González del Valle, médico y cirujano primero de dicho hospital respectivamente, estaba en las peores condiciones de su historia, amenazaba ruina, el hedor que despedía obligaba a los transeúntes a apartarse de su ruta y Nicolás José Gutiérrez pedía, en un célebre informe al Ayuntamiento, que se tomara la medida higiénica de destruirlo. Veamos lo que un autor de la época dice de su régimen.

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 175

“¿Veis ese edificio cuya sencilla torre ocupa el ángulo del Sur coronada algunos días de varias y numerosas banderas?

Tres puertas conducen a su interior; por la primera la humanidad va a buscar alivio a sus continuas y profundas congojas; por otra el espíritu acongojado implora del éter no paz y sosiego a sus tribulaciones y amarguras; en la tercera, ¿no veis un carro que después de atravesar lentamente las calles parece no saciar nunca la voracidad de la tierra. . .? Lleva siempre cadáveres hacinados y todos los días, sin cesar, a una hora misma los demanda; para que nada falte en este lugar de miserias y dolores, prolongados calabozos encierran en su reja multitud de criminales.

La religión y el tormento; los gemidos y la muerte; la inocencia y los crímenes; la caridad y la indolencia, todo se reúne en el Hospital de San Juan de Dios que más de una vez ha arrancado lágrimas a nuestros ojos y suspiros a nuestros corazones.

Indolencia hemos dicho, e indolencia repetimos, porque ahí en los salones de un hospital cubierto de camas a uno y otro lado, ahí donde el hombre pobre y desvalido es arrastrado por su indigencia, no es la caridad la que calma sus angustias y agonías; no, que acaso hay más que en otras partes se apagan sus divinos resplandores. Sin afecciones del alma, sin latidos del corazón, sin que vínculo alguno ligue a esos infelices con los que a impulsos de su necesidad se encargan de asistirlos. ¿Cómo encontrar aquella dulce y tierna solicitud que tan sólo nace del afecto? ¿Cómo hallar mansedumbre, resignación, tolerancia, cuidados y caricias, cuando el hábito mismo de contemplar este cuadro a cada instante aleja hasta la idea de conmiseración y piedad?”⁵

Es en este medio hospitalario que se pone a prueba la férrea voluntad, y el deseo de servir del recién graduado Vicente Benito Valdés y entre todas las miserias e infecciones de los viejos hospitales, premias, gangrenas gaseosas, tétanos, erisipelas, en medio de la podredumbre hospitalaria, se temple su carácter y se afinan sus conocimientos.

Después de casi tres años de dura práctica en aquel hospital, en 1868 renuncia a su cargo y se dirige al poblado de La Güira donde se inicia en el rudo ejercicio de la medicina rural. Era,

⁵ Paseo Pintoresco por la Isla de Cuba. La Habana. Imp. de Soler y Cía, 1841.

como ha dicho muy acertadamente el doctor Saturnino Picaza, la edad heroica de la Medicina, "porque valor era necesario para visitar en horas de intervalo, casos de cólera, fiebre amarilla, viruelas, crup, disentería, fiebre tifoidea y fiebre perniciosa e infecciosa; formas estas últimas de nuestro paludismo maligno. El cólera se hizo endémico en la década del 50 y dos nuevas entidades clínicas —el muermo y el beriberi— comenzaron a proyectar su fatídica sombra en nuestra demografía".

La epidemia del cólera que azotara a nuestra patria en el mismo año lo sorprende en el campo. Años más tarde relatará al doctor Santos Fernández los horrores de esta, la muerte de los esclavos y sus esfuerzos por sorprender el síntoma prodromal, la diarrea premonitoria, que los esclavos ocultaban en sus esfuerzos por evitar de que se les privara de los alimentos. A los ocho meses de permanecer en La Güira, retorna a la capital. Ya los cuatro jinetes apocalípticos: el hambre, la guerra, la muerte y la peste corrían por los campos de Cuba.

Terminaba el año 1869 cuando, después de algún ejercicio en el barrio de Monserrate, es nombrado médico interno del Hospital de Enajenados de Mazorra; su estancia en este último hospital le proporciona la oportunidad de adquirir grandes conocimientos sobre las enfermedades nerviosas y mentales, de los que hará gala más tarde en sus múltiples informes medicolegales a la Academia de Ciencias.

En 1872, Vicente Benito Valdés consigue por mediación de su amigo don Francisco Calderón y Kessel varios contratos o iguales en los ingenios de las cercanías de Arcos de Canasí, en Matanzas, entre ellos el ingenio "San Luis" (a) "Boloix". Luego de renunciar a su posición en el Hospital de Mazorra, se dedica por segunda vez al duro ejercicio de la profesión en el campo.

Mientras permanece en esta región donde el paludismo era endémico, estudia detenidamente los 396 casos que se le presentan y anota cuidadosamente las horas en las cuales se presentaban los accesos febriles. Le intrigaba un fenómeno, cuya razón de ser le importaba descubrir: "a nuestro juicio —decía— el conocimiento de las horas en que tienen lugar los accesos, no es asunto de mera curiosidad científica, ni en su favor militan sólo consideraciones especulativas, sino que su utilidad se refleja en la cabecera del enfermo". Estos estudios publicados en 1876 en el tomo segundo de la *Crónica Médico Quirúrgica*, nos muestran en todo su esplendor sus grandes dotes de clínico apoyadas por las más

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 177

profundas observaciones, sus amplios conocimientos de la bibliografía extranjera sobre las fiebres palúdicas y, sobre todo, su fina intuición.

Después de pasar revista a las más notables opiniones extranjeras, concluye que estas son sólo hipotéticas y que, aunque deben considerarse estos esfuerzos como laudables, la poca fijeza de las horas de los accesos demostraba que había aún más de una incógnita por despejar.

Mientras ejerce en Arcos de Canasí, acude a la Universidad de La Habana en demanda del título de Doctor en Medicina, el que obtiene el 21 de marzo de 1872, al desarrollar el tema "Reactivos por la vía húmeda, medios de preparar los principales".

La investidura del grado de Doctor tiene lugar en 14 de abril del mismo año, sirviéndole de padrino el doctor Felipe F. Rodríguez. Ante el tribunal compuesto por Fernando González del Valle, Pedro Martínez Sánchez, Joaquín Laudo, José Pulido Pagés y el ya citado doctor Felipe F. Rodríguez desarrolla con gran brillantez el siguiente tema: "Es admisible la locura parcial o transitoria en el estado actual de la ciencia"; tesis que más tarde será publicada en un folleto de quince páginas.

1

Durante su estancia en la Universidad tiene como compañero a un joven — Enrique Agramante— cuyo hermano Ignacio "El Bayardo Camagüeyano", no sólo lo honrará con su amistad, sino que influirá en su espíritu y lo hará mezclarse con los proceres de la guerra redentora del 68. Vicente Benito Valdés perteneció a la Junta Revolucionaria con Sixto Guereca y José Dolores Ponce. Paladín de todas las causas justas y nobles, la de la libertad de Cuba encontró en él siempre un entusiasta auxiliar y, si bien su cuerpo enfermizo y endeble no le permitió servir con las armas en la mano, colaboró en muchas empresas y ayudó con cuantos recursos le fue dable disponer.

En 1874 recibe terrible golpe; su madre, faro de luz que guiara su existencia, fallece tras corta dolencia, que la ciencia del hijo, que tantas veces triunfara de la muerte fífera incapaz de vencer. Juan Santos Fernández en su necrología del doctor Valdés pone de relieve toda su piedad filial cuando dice: "Hijo ejemplar, consagró a la que le guardó en su seno y lo amamantó todo el fruto de sus vigiliass, el producto de sus primeros lucros. La acarició siempre tierno y bondadoso y, cuando todavía no era médico de la capital, cubrió su sepulcro del campo donde ejercía

de flores y de lágrimas, como tributo y homenaje a la que fue su amor y su veneración”.⁵

Tras el fallecimiento de su madre abandona Arcos de Canasí y se traslada a La Habana, instalándose en el barrio de Monserrate por segunda vez. Pasan dos años de terribles estrecheces y de ejercicio profesional casi nulo. Recurre de nuevo a la autorización que le había sido concedida por el Capitán General en marzo de 1869 para dar lecciones de segunda enseñanza en colegios privados y en su domicilio, previo el informe de policía en que se hacía constar “que el doctor Vicente Benito Valdés, vecino de la calle de Animas 116, es de buena conducta y adicto al gobierno constituido”.

Al fin consigue empleo en el establecimiento hidroterápico del doctor Belot. Este establecimiento situado en la ensenada de Marimelena, en el lugar que aún se conoce con este nombre, fue fundado por el doctor Charles Belot, médico francés que vino a ejercer a La Habana en 1836. Muy celebrado en su tiempo, fue la primera clínica privada que ofreciera a los enfermos cuartos separados. Al morir el doctor Belot pasó a su hijo, el también médico doctor Eduardo Belot, que fue quien contrató a nuestro biografiado.

Mientras tanto, se dedica con intensidad creciente al ejercicio privado de la Medicina. Como dijera Rubén Darío de nuestro José Martí: la garra siempre es garra y a la postre se impone; así la idoneidad, el carácter y la voluntad de Vicente Benito Valdés se imponen, adquiriendo gran clientela hasta llegar a ser el consultante más solicitado de la capital. Ya liberado de sus necesidades y alcanzando éxitos que le proporcionan con justicia reputación y nombradía, compra en unión del doctor Emiliano Núñez el establecimiento de Belot, que por dificultades económicas pasa de nuevo a poder de este, ya que como dice Escobar: “lo pagó muy caro y dejaba a La Habana bañarse muy barato”.⁶

El doctor Vicente Benito Valdés fue un médico cubano en toda la extensión de la palabra, producto genuino de la Universidad de La Habana. Duplicó la hazaña de Tomás Romay al demos-

⁵ Juan Santos Fernández. Homenaje al doctor Vicente Beito Valdés. *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*. T. XL (1903-4), 1907, p. 35-39.

⁶ B. Escobar. *Nuestros Médicos*. La Habana. Tip. de la Lucha, 1893, p. 133.

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 179

trar que sin salir de Cuba, con dedicación y estudio, puede alcanzarse el nivel de los mejores de su época, ya que la ciencia no es patrimonio de ningún país, sino de los que la cultivan con devoción y esfuerzo.

Como clínico, supo aprovechar las enseñanzas y seguir la senda de aquel otro grande de la Medicina cubana que fue el doctor Félix Giralt.

El doctor Enrique Barnet, en su elogio fúnebre al doctor Vicente Benito Valdés, pinta con mano maestra este aspecto especial suyo, cuando dice:

"Supo seguir la senda trazada por su eminente maestro para continuar entre nosotros la preponderancia y la ventaja de la clínica ante la cabecera del enfermo, sin menoscabo; sin embargo de las grandes conquistas del laboratorio o de la bacteriología como auxiliares poderosos de aquella. Ni el químico ni el bacteriólogo podrán jamás anular al médico, que a su experiencia clínica aúne los recursos valiosos que para el diagnóstico y tratamiento le aporten aquellos nuevos elementos de juicio. Valdés era el clínico que sabía aprovecharse oportunamente de estos recursos, y de este modo constituía el tipo de práctico sagaz e ilustrado, tipo que va haciéndose cada vez más raro y que no sería extraño desapareciera por completo, merced a las exageraciones o entusiasmos con que se toman por lo general los progresos y adelantos de las ciencias, sobre todo de la Medicina.

A la cabecera del enfermo recurría Valdés al caudal inmenso de sus conocimientos, de una manera tan propia, tan especial, que le daba un sello peculiarísimo, haciéndolo aparecer como en el cumplimiento de una misión evangélica. A todos cuantos le rodeaban junto a un lecho de dolor inspiraba respeto, a los familiares esperanza, a los enfermos consuelo, a los compañeros afecto y veneración. Parecía que entraba circundado de luz para hacer desaparecer las sombras de la duda, de la desesperación y de la muerte".⁶

Hombre generoso de su tiempo y de su dinero, Vicente Benito Valdés dedica grandes esfuerzos al auge de las más destacadas instituciones científicas y culturales del país. Ya desde el 11 de agosto de 1867

⁶ Enrique B. Barnet. Elogio fúnebre del Dr. Vicente B. Valdés. Revista Médica Cubana. La Habana, 1906, p. 255-263.

había sido nombrado socio facultativo de la sección de Ciencias del "Liceo Artístico y Literario" y en 24 de noviembre de 1878 reorganiza en unión de distinguidos médicos de la capital la Asociación Médica de socorros Mutuos que, aunque había sido fundada en 3 de octubre de 1868, no había funcionado a plenitud y sólo arrastrado una vida lánguida e inútil, para el fin que se proponían sus gestores.

En noviembre de 1878 funda en unión de Agustín W. Reyes, Bango, Núñez, Babe, Espada y otros la *Gazeta Médica*, periódico científico que publicó muy valiosos trabajos sobre la fiebre amarilla y en el cual, a más de servir de editor, Vicente Benito Valdés publicó su trabajo intitulado "Epidemia de fiebre larvada". Esta publicación de grata memoria por los servicios que prestó a la ciencia cubana de su época, dejó de existir el 28 de julio de 1881 al crearse por el Ayuntamiento de La Habana una contribución a los periódicos científicos que los editores estimaron injusta y consideraron obstáculo insalvable para la buena divulgación de la ciencia, por lo que hicieron constar su protesta con el cese de su publicación.

En 11 de octubre de 1879, funda en unión de Serafín Gallardo, Fernando González del Valle, Antonio Díaz Albertini, Antonio Mestre, Joaquín García Lebreo, Raimundo Castro y Alio, Manuel V. Bango y Claudio Delgado, "La Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana", la cual elige para su primer Presidente y Secretario a los doctores Serafín Gallardo y Claudio Delgado respectivamente y a Vicente Benito Valdés como vocal de la junta de Examen y Publicaciones.

En la Sociedad de Estudios Clínicos lee en la sesión pública del 16 de noviembre de 1902 su trabajo intitulado "Accidentes de la dentición",⁷ trabajo en que niega la influencia de la dentición en los trastornos, que corrientemente se le achacan y declara que su experiencia en la clínica del doctor José R. Montalvo en la Casa de Beneficencia y Maternidad, le llevan a afirmar que los trastornos son debido al destete prematuro y a la ingestión de alimentos poco apropiados en calidad y cantidad. Este tema, que a primera vista, parecería un poco anticuado para la época, no lo es, ya que aún en uno de los últimos números del *Journal of the American Medical Association*, a más de cincuenta años de distancia de aquella conferencia, un médico americano pregunta

⁷ Archivos de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana. T. XII, 1903, p. 35-41.

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 181

sobre la influencia que tiene la dentición en los trastornos gastrointestinales de la infancia.

También toma parte activa Vicente Benito Valdés en la Sociedad Económica de Amigos del País, de la que fue nombrado socio numerario en 31 de enero de 1881. Desde su fundación perteneció a la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, de la que fue vocal de publicaciones y en la que leyó el 2 de marzo de 1879 un trabajo sobre "La Patología de la Raza Negra" en el que refuta algunas consideraciones hechas por el doctor Montané en un trabajo anterior.

Gracias a sus gestiones se funda la Asociación Médico-Farmacéutica de la Isla de Cuba, que tenía como primordial objetivo estrechar las relaciones entre estas dos profesiones, siendo su Presidente Fundador y más tarde su Presidente de Honor. El 28 de junio de 1900, al cesar en la presidencia, leyó un magistral discurso de despedida, que fuera recordado por largo tiempo.

Pero las dos instituciones a que se entregó con más amor y devoción, fueron sin duda la Junta Superior de Sanidad y la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana.

En la primera fue nombrado para sustituir a aquel gran higienista que se llamó Ambrosio González del Valle, de cuyos amplios servicios y estudios hizo cumplida apreciación en un folleto intitulado "Higiene Pública" publicado en La Habana en 1903. Pedía el reglamento de la Junta Superior que cada dos años se renovaran sus miembros. En todos los períodos fue propuesto y reelegido en el cargo, haciéndose mención en la mayoría de las ocasiones, de la puntualidad de su asistencia y del celo y diligencia con que rendía los informes que se le encomendaban y efectuaba las inspecciones que se le encargaban. Eran tales sus méritos que al terminar la dominación española y advenir la intervención norteamericana, fue propuesto y nombrado para el cargo de vocal, que conservó hasta su muerte.

En 20 de julio de 1879 fue nombrado en virtud de su cargo de vocal de la Junta de Sanidad para integrar con don Marcelino Astray y Caneda, don Antonio Pardiñas, el doctor Emiliano Núñez, don Rafael Fleytas, el doctor Joaquín García Lebreo y don Casimiro Roure, la comisión española que asistiría a la comisión norteamericana que vino a Cuba a estudiar las causas generales de la fiebre amarilla. La comisión estaba presidida por Chaille y contaba con el concurso de Stenberg y Guiteras y en ella figuraría

como ayudante, el entonces estudiante de Medicina, Rudolph Matas.

De los informes rendidos a la Junta Superior de Sanidad, se destaca el que redactara con motivo de la epidemia de triquinosis que afligía al país en 1881. En 9 de abril del mismo año entrega su luminoso informe" en que después de analizar la enfermedad en todas sus fases, recomienda las sencillas reglas higiénicas con que esta puede evitarse, es decir: vigilancia de la alimentación de los cerdos, destrucción de las carnes infectadas, así como la no ingestión de carnes que no hubieran sido suficientemente cocidas al fuego, medida que cumplida es capaz de evitar la propagación de esta terrible parasitosis.

En la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, ingresa como académico de número en 12 de noviembre de 1876, trabajando activamente en esta corporación hasta el 13 de julio de 1902 en que, debido a su mala salud, pide se le declare excedente. La Academia, en sesión memorable en que se reconocen sus grandes servicios, le concede la excedencia, pero a la vez acuerda concederle la honrosa distinción de académico de mérito en agradecimiento a los años de incesantes esfuerzos en pro del prestigio y el buen nombre de dicha corporación.

En sesión del 8 de abril de 1877, leyó su discurso de recepción, cuyo tema fue una de las enfermedades que mejor estudiara: el paludismo. Su discurso intitulado "Reflexiones en contra de la etiología paludea del tétanos"¹⁰ es una disertación cargada de erudicción y tanto más notable, cuando en aquella época aún se ignoraban los gérmenes causales del paludismo y del tétanos.

Fue vicesecretario de la Academia durante los bienios del 1879 al 1881 y de 1883 al 1885 y Vicepresidente durante los bienios del 1887 al 1889 y 1891 al 1893. Durante los primeros tiempos de su estancia en la Academia sus trabajos principales se inspiran en el tema de la estadística médica, y en la primera moción presentada en sesión pública ordinaria de 26 de enero de 1879 pide que se haga extensiva a esta Isla la Ley de Registro Civil, lo que fue concedido en 1885, sustituyendo estos registros a los archivos parroquiales en todas sus funciones. Fue autor, además, de otras cuatro mociones sobre estadística médica, incluyendo una

Archivo Nacional. Fondos de la Junta Superior de Sanidad. Ley 9, No. 2.

¹⁰ Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. T. XIII, 1876, p. 595.

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 183

clasificación patológica, lo que hace considerar al doctor Vicente Benito Valdés, en unión de Ambrosio González del Valle y Jorge Leñoy Cassá como los iniciadores de la Demografía Médica entre nosotros.

También leyó en la Academia diversos trabajos sobre honorarios médicos y jurados calificadores de estos jurados, sobre el azufre en el paludismo y diversos informes sobre establecimientos de fábricas.

En la Comisión de Medicina Legal e Higiene Pública de la Academia de Ciencias laboró intensamente. Le acreditan más de cuarenta informes sobre diversos temas de Medicina Legal, especialmente sobre estado mental de diversos procesados.

En las discusiones de la Academia siempre fue muy escuchado, como decía Diego Tamayo refiriéndose a este aspecto del doctor Valdés, este "como contrincante era temible, porque argumenta bien, con serenidad y lógica, sin locuacidad, pero con palabra domada, obediente y persuasiva".⁸

Ya en 1902, cuando su precaria salud ya no le permite más esfuerzos, va retirándose de todas las agobiadoras actividades que, hasta ese momento, le ocupaban. Desde 1888 hacía frecuentes viajes a la Isla de Pinos con objeto de descansar y en 1898, cuando el bloqueo se hizo insostenible, emigró a Méjico y retornó al cese de la guerra *hispano-cubano-norteamericana*. Fue su única salida de Cuba.

A las siete de la tarde del día 21 de mayo de 1903, la ciudad de La Habana se sorprendió dolorosamente con la noticia de la muerte del doctor Vicente Benito Valdés. Según su médico y amigo, el doctor Miguel Rivas, falleció de angina de pecho y su casa de Amistad 88 fue pronto invadida por los numerosos amigos, compañeros y clientes agradecidos que dejó. Murió célibe y pobre, tal como había vivido, sin más compañía que la de su fiel sirviente; las sociedades científicas suspendieron sus sesiones e invitaron a sus asociados a concurrir a su sepelio, el cual fue una verdadera demostración del afecto y agradecimiento de las numerosas personas que le conocieron.

A poco de morir se publicó en la Gaceta Oficial un edicto que sacó a pública subasta sus muebles, joyas, instrumentos, coche, caballos y libros, tasado todo en 2 423,91 peso oro español, para

⁸ El Fígaro. A. IX, No. 23, Jul. 9, 1893, p. 282.

satisfacer los gastos de su entierro; no dejó herederos, pues no tuvo más familia que su madre. Su verdadera familia eran los enfermos, los pobres y sus compañeros de profesión.

Según una de las máximas de Epicteto: "No debe honrarse a los hombres más que por lo que les honra. La nobleza del hombre depende más de sus virtudes que de su rango". A pocos podría aplicarse con más justicia esta máxima que a Vicente Benito Valdés; su desinterés, su patriotismo, su caridad cristiana, la consagración de su vida al culto del bien y de la verdad, su amor a la ciencia, lo convierten en un hombre de talla superior, en ejemplo digno de imitar y recordar y en parte principal de la representación permanente y de la fuerza vigorosa de nuestra historia cultural.

